

ha podido manejar (cuando menos en este mundo) la traducción fantasma por E. Lévi-Provençal del *A'mal* de Ibn al-Jatib. Etc.

No me atañe valorar el interés y oportunidad que pueda tener esta obra para los anglolectores, pero sí cabe advertir que dista mucho de poder ser tomada científicamente como «palabra de Evangelio».—*P. Chalmeta.*

SÁNCHEZ ALBORNOZ, CLAUDIO: *El Reino de Asturias. Orígenes de la nación española.* Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo, 1974. Tomo II. 762 págs.

No hace mucho comentaba el primer tomo de esta obra (*Hispania* 122 (1972), 677-679), que me parece ha de ser una de las más importantes de las que dejará escritas el autor. Allí, como aquí, enlaza diversos trabajos anteriores, referidos a puntos concretos y a temas específicos en torno al reino asturleonés. El período anterior a los años mil ha sido de gran interés para su inteligencia, y ahora, reunidos y completados, nos van a dar una parte de los resultados de su larga vida de historiador y medievalista.

Sánchez Albornoz es, sin duda, un investigador que no se ha limitado al estudio de los sucesos políticos —batallas y reyes— que constituían el núcleo de la historia general. Es buen conocedor de las instituciones y de los aspectos sociales y económicos de la España que estudia: la época visigoda y la medieval, singularmente en sus primeros siglos. Una historia que se ocupa de los varios aspectos o facetas que el pretérito lanza hacia nosotros. Sin embargo, la historia institucional acostumbraba a separar ambos enfoques, dando su parte a las batallas y la suya a las instituciones sociales, económicas y jurídicas, cada una por su lado, aparte las conexiones que establecía. Hoy tal vez esta separación empieza a resultar poco explicativa y atrayente...

Las obra de que me ocupo conserva una característica singularmente política, por sus temas y tratamiento. Todos los artículos y aportaciones del autor acerca de temas institucionales —o casi todos— están ausentes de estas páginas. Le preocupa aquí la geografía potente de las montañas astures, los grandes hechos, las grandes hazañas. También —es preciso subrayarlo— la historia que escribe Sánchez Albornoz, con su buen estilo, supone una crítica y presencia continua de las fuentes y la bibliografía. Aparecen a la superficie sus disputas, sus acuerdos y desacuerdos... Posiblemente es preciso hacerlo así para épocas en que las fuentes son escasas y los historiadores vuelven una y otra vez sobre las mismas. La narración se convierte en polémicas y críticas, siendo más controversias de eruditos y afinados historiadores que mero relato —valorado y crítico— de aquellos hechos. La necesidad de depurar las fuentes de conocimiento es indudable en estas primeras fechas de la reconquista, como también en todas épocas; pero en los orígenes del reino astur las crónicas y los documentos son escasos, las construcciones con ellas es preciso removerlas si se quiere construir con firmeza. Sánchez

Albornoz acude incluso a las fuentes árabes —nada es ajeno a su interés—. Por más que el mismo reconoce ser arabista por afición, debe ser contado entre quienes, sin saber árabe, más han trabajado este tipo de testimonios... Su conocimiento de las fuentes, su preocupación constante por depurarlas, son enormes. A ellas dedica —entre otras— dos obras amplias: *En torno a los orígenes del feudalismo* e *Investigaciones sobre la historiografía hispana medieval (siglos VIII a XII)*. Con su gran preparación, le era posible darnos una versión nueva y fidedigna de los orígenes del reino asturleonés, de que se ocupa ahora en este segundo volumen.

La trabazón de la obra se logra —según dije— con la referencia a diversos temas y puntos. Primero una introducción sobre Covadonga y el marco en que se desarrollaba... Después una serie de perspectivas para centrar la verdad histórica sobre el mito y desenvolvimiento de aquella batalla primera: «El relato de Alfonso III sobre Covadonga», «Pelayo antes de Covadonga», «Data de la batalla de Covadonga», «¿Se peleó en Covadonga?», «A través de los Picos de Europa», «Olalies». Las fuentes musulmanas y cristianas se exprimen para determinar aquellas realidades. Es el apartado tercero —continúa del tomo anterior— sobre la *rebelión astur y Covadonga*.

A continuación, IV, *El Reino de Asturias se afirma* en momentos de debilidad de los musulmanes y de grandes y primeras expediciones bélicas, creando Alfonso I un vacío al sur de su reino. Esta acción política, junto a unas tradiciones jurídicas que asientan los godos, y una desertización, parecen ser las claves de aquellos días iniciales del reino astur. También la providencia o el azar —que repite insiste— le sirve de marco a su panorámica del período. Después la recuperación del Al-Andalus con los Omeya, los ataques hacia el norte, que resiste... En los años de Aurelio, una amplia rebelión servil —tan falta de noticias como interesante—, cuyo sentido es difícil de conocer. Las campañas de Alfonso I, el goticismo del reino astur, la herencia de Fruela... Después, sobre los normandos, en donde discute y perfila la obra de Melvinger, y se muestra decidido en su manejo de las fuentes cristianas y árabes. No aparecen los normandos en España en el 750 —como parece de un texto del 754, de la *Crónica mozárabe*—, sino a fines de la siguiente centuria... Acumula fuentes e interpretaciones, defiende los cronicones asturianos, que Melvinger desprecia por apoyarse en Aguado Bleye; «no es el único erudito que ha cometido el error metodológico de apoyarse en un manual».

Después, sobre otros temas: el amán o seguro de Abderramán I a Castilla se refiere a la Castilla capital de la cora de Elvira, no a los cristianos del norte. Lévi-Provençal calificó de fantasía esta idea de nuestro autor; Sánchez Albornoz acumula potentes argumentos. Los problemas interiores de Al-Andalus... La rebelión de los siervos, alzamientos en tiempos de Silo; Mauregato y el fabuloso tributo de las cien doncellas... El culto de Santiago... En este último punto, el análisis del autor es muy peculiar de su forma de trabajo. Análisis de posiciones diversas y auténtico esquilmo de las fuentes para penetrar en la cuestión. Desde

el XVIII parece que el problema estaba centrado: la tradición es tardía y Flórez hubo de sostenerla sobre tan delicada base como es la que las tradiciones eclesiásticas no pueden destruirse con argumentos negativos, sino sólo positivos. Pero Sánchez Albornoz reúne los nuevos estudios y —tras indicar los argumentos que hacen inverosímil su venida, inimaginable la *traslatio*— reconstruye las fuentes por las que se genera la piadosa tradición. Hacia el 600 se divulga la venida del apóstol por el *Breviarium apostolorum ex nomine vel locis ubi predicaverunt...* San Isidoro calla, San Julián niega... No aparece en la epigrafía, ni en los antifonarios, antes del siglo IX. En las primeras décadas de este siglo se produce el descubrimiento del sepulcro, que Américo Castro cree un templo de los Dióscuros, hijos de Júpiter. Explicación «peregrina, fantástica, infundada y caduca», «grotesca» —conocidas son las relaciones de nuestro autor con Castro—. Tampoco le convence otra de Pérez de Urbel, quien ve una posible traslación de una reliquia de Santiago desde Mérida que llegaría a confundirse con el cuerpo del apóstol. Para él, es Beato de Liébana quien difunde desde la tradición del *Breviarium* y otros textos... Como siempre, Sánchez Albornoz trae gran cortejo de opiniones y argumentos, análisis de fuentes y discusiones personales en su narración. La historia se convierte en su pluma en discusión con los otros —hasta cuando la pluma vuela, como en *España, un enigma histórico*—. Yo, que no estoy avezado en la investigación medieval y sólo soy un asiduo lector de sus obras y las de algunos medievalistas de su nivel, me permito preguntarme: ¿Es que la historia medieval, por la escasez de sus datos, debe construirse así, con la presencia de don Ramón o don Américo? Es evidente que las fuentes son la base de toda investigación, pero ¿no podían discutirse en las notas o en artículos especializados? La historia, ¿es ese discutir de medievalistas o la depuración de los sucesos y realidades, las interpretaciones de lo que está por detrás? Yo no sé. A partir de épocas posteriores, en las que navego con mayor facilidad, las cosas son algo distintas, o al menos se pretende que lo sean. El estado de la cuestión o las discusiones se sitúan en zonas más discretas. Quizá hay más medio para decidir, mayor intención de elaborar realidades que de discutir posiciones concretas —no las posiciones generales que trastocan por su enfoque la realidad—. En todo caso, soy todavía poco práctico en estas cronologías y mi admiración por la obra de Sánchez Albornoz —quien me acompaña en la mayor parte de mis correrías por los siglos medievales— es marcada.

*El Reino de Asturias se defiende y se defiende y se organiza*, es el título del apartado quinto. De nuevo, unas páginas preliminares acerca de la época de Alfonso II el Casto, cuando los emires empiezan a ver los peligros que suponía el pequeño núcleo asturiano. Oviedo y las campañas musulmanas. Una restauración del orden gótico, conexiones con los carolingios, construcciones... Las batallas de Burbia, Lutos y otras. La fecha de la unción del rey el 14 de septiembre de 791, discutiendo a otros. Sobre los Banu Qasi o el nombre de Castilla, las construcciones realizadas en su tiempo. La fecha de la muerte del rey y otros numerosos temas. En su mayor parte de la historia política de aquellos días.

Ya advertí que los desarrollos que Sánchez Albornoz sabe introducir en la historia política no han sido recogidos en este volumen sino sólo de pasada. La historia institucional ha quedado para otros libros y empresas. La separación entre política y aspectos jurídicos, económicos y sociales es una de las características más flagrantes de la historia institucional; no pertenecen al todo, sino más bien son complementos y ampliaciones, sectores diversos.

Sin embargo, en estas páginas aparecen algunas acotaciones o artículos en esta dirección: puede verse su tema acerca de «La restauración del orden gótico en el palacio y en la iglesia». Sobre la sibilina mención de la Albeldense y sus conocimientos del aula regia anterior reconstruye corte y concilio en tiempos del rey Alfonso el Casto. Las construcciones de piedra, la vida eclesiástica —obispados, monasterios e iglesias— y la vida civil —unas fortalezas, unos contratos, unas repoblaciones— se analizan para revivir un tanto esta época escasa de testimonios. Me atreveré de nuevo a preguntar: ¿Acaso las diversas clases o estamentos, la vida económica de aquellos siglos, no es esencial para su conocimiento? En todo caso, debemos al autor estudios sobre estos temas (recuérdense sus cuadros de la vida de León hacia el año 1000). Posiblemente no se incluyen aquí algunos de sus trabajos que están dedicados a instituciones por razones de que quiere atenerse ahora —en estos volúmenes— a los aspectos más relacionados con la guerra y la política. Pero ¿pueden separarse? En todo caso, sólo por razones editoriales. Parece que es imprescindible leer, a la vez que este libro, sus páginas sobre instituciones españolas medievales. En 1965 editó buena parte de ellas en Méjico, en el Instituto de Investigaciones Científicas de la Universidad Nacional Autónoma.

Y termino también con una cuestión: ¿Por qué la historia institucional no es capaz de insertar los aspectos sociales y económicos —los jurídicos— en el marco general de la historia política? En un tiempo había dos clanes de especialistas: historiadores generales e historiadores del derecho. Pero hoy, ¿es posible mantener esta separación de la vieja historiografía?—*Mariano Peset.*

SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio: *La España musulmana según los autores islamitas y cristianos medievales*. Espasa Calpe. Madrid, 1973. Tercera edición. 558 + 637 páginas.

El «guardapolvo» lo presenta afirmando que el A. «estudia en más de 1.000 páginas documentadas magistralmente... Una historia que se ve empezar y concluir, con el patetismo de lo redondo y conclusivo, del porte de la tarea de Mommsen respecto a Roma. Por ahora, y por bastante tiempo, la obra de Sánchez-Albornoz que ofrecemos es la única exposición de conjunto de esa España mora, partícipe activa en el hacer de España»... Despacio, que la *Historia de Roma*, de T. Mommsen, es